

Mi buena distancia de ella

Philippe Ollé-Laprune

TENGO UNA RELACIÓN MUY COMPLEJA con la escritura. No me considero escritor. Ser escritor es otra cosa, es ser alguien cuyo centro de vida es la escritura, lo cual no es mi caso. Yo fui primero lector, luego me volví editor, y después autor de antologías, que es lo mismo que ser editor: escoges, cortas, unes. Ahora hago crítica literaria, que es un oficio paralelo al del editor: se trata de leer y de opinar sobre la lectura. Me gusta pensar la literatura, usar conceptos de sus pensadores para acercarme a los temas que me interesan.

En el mundo existen tres cosas a las que se da el nombre de crítica. Primero: el ámbito académico, la crítica en la universidad, estudias letras, escoges un tema, lo trabajas años, haces tu tesis —eso es muy válido y es internacional—, pero la reflexión se queda en la esfera universitaria. Segundo: en muchos periódicos y revistas del país existe un espacio para reseñas de libros. En México éste es el foro donde se expresa mejor el espíritu guerrero de clanes que priva en el mundo literario, porque este horizonte en general es arbitrario: si el texto es de mi amigo entonces es bueno; si es de mi enemigo, es malo, y después argumento. En las reseñas no suele haber ideas, pero siempre hay una calificación. Esto redundo en que ni el diez por ciento de las reseñas que salen en este país revistan algún interés. Además,

se tiene la idea de que las tienen que hacer los jóvenes porque las pagan muy mal. Tercero: está lo que es la crítica literaria, que espero que sea un poco lo que yo hago, o lo que podría hacer Roberto Calasso en italiano, o Michel Foucault en francés; se trata de la gente que tiene interés en dar a pensar el hecho literario, reflexionar sobre los libros, analizarlos, dar ideas. En México hay muy poca gente que se diga crítico literario, y quienes se dicen, no cumplen con el hecho de pensar.

He tenido pláticas muy variadas sobre ese tema. Un reseñista como Christopher Domínguez no quiere pensar así la literatura, no le interesan los conceptos. Pero sí sabe que va a dar la lucha porque forma parte de una revista y va a defender sus ideas allí. Todo eso está un poco desgastado. Ahora hay jóvenes que están pensando de otra manera: se dan cuenta de lo que estoy hablando, y se dan más libertad.

Otro elemento muy importante: han desaparecido los suplementos culturales. Las revistas ya casi no tienen lectores; antes *Nexos* o *Vuelta* tenían lectores, hoy día tienen a muy pocos. Los lectores y la crítica se habrían podido trasladar a los *blogs*, pero tampoco están ahí porque no hay calidad. Así que hay un cierto vacío respecto al espíritu crítico en torno a la capacidad de descifrar la literatura, de buscar llaves, de entender ese misterio que explica por qué me fascina tanto esa mentira que es la historia que me están contando. Por qué la señora Gómez lee *Madame Bovary* y su vida de repente cambia. Esto es lo que me interesa de la literatura, que no es una esfera perdida por ahí. En México, con la falta de crítica, pareciera que se quiere encantar a la gente pero no darle las llaves para entender por qué. Sin embargo, a mí me sigue pareciendo capital entender cuánto puede importar un volumen que cae en tus manos porque algunos libros han sido para mí como una deflagración nuclear, y es muy difícil entender por qué.

Además de la crítica, aquí hay otro género que casi no existe y que es la autobiografía. Hay memorias, que son otra cosa. Están José Vasconcelos o Salvador Novo, que escribieron sobre su tiempo, pero hay un pudor o ha habido algo en la literatura mexicana que ha impedido que haya crítica, biografía y autobiografía. En general en la lengua española no se da este deseo de “voy a adentrarme en tu vida para explicar tu obra”. Los anglosajones, en cambio, sí lo hacen, aunque de manera muy factual: tus zapatos miden tanto, te gustaba comer helado, por eso tu personaje de tal novela

tiene tales características. En Francia el abordaje es más intelectual, las grandes biografías que se han hecho allá son más ensayísticas, más como de historia de las ideas.

Es muy difícil hablar de literaturas nacionales cuando el español es un idioma que se usa en varios países; sin embargo, es cierto que éstas existen: hay una resonancia particular en la literatura mexicana que no es la misma que en Argentina, Perú o Cuba. Cuando escribí *Visitar el sueño*, un libro donde empecé a reflexionar acerca de la relación de los mexicanos con la palabra escrita, traté de entender cuáles son esas características y por qué son precisamente éstas. Por qué, por ejemplo, la literatura mexicana tiene una ausencia total de rupturas, de conflictos, por qué es una literatura sin ira, sin cólera, sin rabia, sin malditos. Es una literatura de gente bien portada. Soy francés, es un poco distinto en mi país, donde por ejemplo hay un Jean Genet que era un rebelde total. Entonces me interesó entender esta particularidad.

La idea que planteaba en este libro es que como no hay ruptura, para entender sus características hay que ir directamente a la fuente de la literatura mexicana, a la Conquista, que es el momento en que nace. Hay algunas ideas que son centrales sobre la palabra escrita en este periodo. Primero, que hay tres personajes que escriben. Uno: los soldados, como Bernal Díaz del Castillo y Hernán Cortés. ¿Por qué es interesante esto? Porque es gente que ha utilizado la palabra escrita como herramienta de poder. Aquí se conquistaron las mentes de las elites enseñando latín y español. Son militares, por eso existe esa guerra de clanes, hay jefes, hay conflictos, territorios que conquistar. En México priva una visión muy extraña, directamente ligada con la idea de que la palabra es poder; es lo que llamo el espíritu militar. Y cada escritor mexicano lo encarna en una proporción más o menos grande. Dos: el cura; por ejemplo, Bartolomé de las Casas, o todos los clérigos que vinieron. Esto remite a la parte sagrada de la palabra escrita, que es para bien y para mal, porque este horizonte le da a la literatura un papel muy extraño en la sociedad mexicana; cualquier taxista te dice, por ejemplo: “usted tiene que ver con libros, eso es positivo”. En Francia, si trabajas en el mundo editorial, socialmente te ves como un fracasado. Pero aquí hay ese culto, aunque también de esta noción deriva que la gente no se ocupe de leer porque le parece que la lectura está reservada para la gente que conoce el mundo sagrado. Y tres: el notario, quien escribe las leyes.

Un elemento importante de la literatura mexicana es que es de buen gusto, siempre es elegante, coqueta. Cuando vas a América del Sur y hablas de la poesía mexicana te dicen: “Ah, está bien hecha, está siempre impecable”, pero al mismo tiempo quieren decir que no trae la locura de un César Vallejo en Perú, no tiene la rebeldía de Leopoldo Lugones en Argentina, no tiene el malestar de José Asunción Silva en Colombia; eso no existe aquí. Es una literatura que además tiene una textura sutil, bonita, arregladita, pero esto también implica que el escritor se autodomestica, porque esta mansedumbre no deriva del poder que tanto le impone; no: el escritor mexicano está de acuerdo. Para el extranjero es muy difícil entender esas cosas. No es que yo quiera que toda la literatura sea furia, ira o rebeldía, pero creo que sí hay un elemento importante del lado insumiso. Todo eso cambió en México, como cambió la sociedad, a partir de los las décadas de 1980 y 1990. Hoy día los escritores de menos de 40 años ya no se alinean tanto. La evolución de la literatura mexicana es muy radical. Muy pocos de los jóvenes reclaman papás. Antes era imposible, no podías ser escritor si no decías que alguien te había apoyado. Se pasaban la batuta. Hoy día, qué bueno si hay; si no, no importa.

Creo que existieron mejores momentos para la cultura en México. Yo llegué aquí en la década de 1990; había muchísimo dinero, se hacían cosas de un día a otro. Después eso se redujo mucho y se va reduciendo más. Hoy lo menos que puedo decir es que la clase dirigente de cualquier partido político no tiene interés en la cultura. Sea quien sea el líder, uno que otro puede tener un poquito de respeto, pero en el fondo, desde la jefatura de gobierno de la Ciudad de México hasta Los Pinos, el desprecio es el mismo. Miguel de la Madrid, al dejar de ser presidente quiso dirigir el Fondo de Cultura Económica: aquella era una decisión que nunca se había dado en ningún lugar del mundo. Sabemos del lazo de Carlos Salinas de Gortari con los intelectuales: los escuchaba, los apapachaba... no digo que esté bien, pero al menos se jugaba algo importante. Hoy esto no sucede. Con todo y todo, la presencia de un Octavio Paz o un Carlos Fuentes fundamentaba a interlocutores de alto nivel, pero hoy no hay esa interlocución.

Tal vez está bien que el vínculo entre el Estado y la cultura sea así: que el poder ya no tenga un peso tan grande sobre el pensamiento y la creación. De esta manera es más sutil el equilibrio. Volvamos, por ejemplo, a Fuentes

y Paz: en algún momento Fuentes dijo una frase que apoyó a Echeverría, y fue muy penoso. Lo mismo sucedió con las declaraciones de Paz que respaldaban a Salinas. Si hacemos un balance, ¿será tan malo que poco a poco se despeguen esos mundos? Sin embargo, esto sí es obvio y es un tema de reflexión, hoy los mundos que “importan” son la política, los medios y la economía. Hoy un presidente tiene que ser alguien ligado a los medios, casarse con una actriz y tener un padrino multimillonario. Un político que se precie de serlo pasa por la televisión y, si tiene un festival de cine, va como si fuera el gran acto de su vida.

Me parece que el mundo cultural, artístico, creativo, intelectual que está excluido —no totalmente porque hay gente que está en el borde, que con frecuencia va a la televisión a hablar—, tiene como papel resistir a la presión de esta mediocridad. Vi hace poco un programa de televisión francés cuyo presentador dice cada vez que invita a un autor; “¡justed vendió 200 mil ejemplares!” Parece que lo que le importa es la cantidad que se vende: el dinero. Si lo que valida a un escritor es vender mucho, nunca van a invitar a un poeta. Este tema me interesa porque en Francia intenté mezclar televisión y poesía, y fue un fracaso estrepitoso porque los medios son transparentes, volátiles, superficiales, tienen que ir rápido y contar la historia de un país en minuto y medio, y la poesía es lo contrario: es pesada, opaca, profunda, no tiene que venderse tan fácilmente a los demás. El mundo mediático rechaza a la poesía por definición y por razones prácticas. El mundo mediático habla de la poesía como de algo cursi, de borrachos y de cantinas, opuesto al mundo farandulesco de los medios, con personajes que prefieren el ámbito de la imagen porque son incapaces de asimilar lo demás. Hacia allá dirige la mirada el mundo global, y México se está alineando con eso.

El contrapunto a ello se encuentra en algo que llamamos sociedad civil, que hace veinte años no tenía la presencia en México que tiene hoy. Otro más se ubica en la creación misma. Entre más alejada del ruido de esa tríada a la que me refería —medios, política y economía—, la creación permanece más fiel al papel que la literatura debe tener como ámbito de dudas, como un espacio para mostrar las tinieblas. Si revisas las biografías de Fiodor Dostoievsky o de James Joyce, que escribieron lo que escribieron, encuentras que tuvieron que arreglarse la vida, no tuvieron historias muy simpáticas, pero lo que sí tuvieron fue una fidelidad entera a su compromiso literario.

Yo viví en América Central, en Honduras, y hablaban de México como el Paraíso de la cultura: “Allá la gente sí puede vivir de su trabajo”. En países como Perú no hay política cultural, no hay ni una beca, ni nada. Iván Thays, por ejemplo, es un escritor peruano que vino varias veces a México; él tiene que ser ingeniero para poder vivir. Y aquí no hay gente que haya escrito una novela —si acaso el diez por ciento— que haya trabajado en otro campo que no sea arte, literatura, academia, y ni sé quiénes son, nunca he visto estos casos. En cada Feria del Libro, que es el momento en que ves a toda la farándula, te das cuenta de que todos viven de su trabajo: de la beca, de conferencias, de la columna. Todo eso poco a poco se va achicando; estamos en un tiempo de asfixia. Si somos sociedad civil, si somos electores, tendríamos que decir: “no quiten los apoyos al arte, a la creación”. Hay que responder a las decisiones de las instituciones, cuando sabemos que la tendencia va hacia allá.

Ya no hay tanto dinero como antes, y tampoco hay ya tantas peleas. La caída de la Unión Soviética, del mundo bipolar, tiene consecuencias fuertes sobre el mundo intelectual. Ese mundo tenía una tensión que hoy ya no tiene. Todo ese sistema ha fabricado estafadores. Pero resulta desesperante para el público porque probablemente no entiende todo lo que podemos leer entre líneas. Y hay lectores que se la tragan una o dos veces y después se decepcionan. Cuando se presentaron los candidatos para la Escuela Dinámica de Escritores, con Mario Bellatin, recibimos 530 cartas de gente que quería participar, seleccionamos a 100, y yo entrevisté a la mitad de ellos. Una de las preguntas obvias era qué estaban leyendo en ese momento. La inmensa mayoría me decía: “Yo intenté leer lo que me vendió tal grupo español como una de las mejores novelas del siglo XX, y me decepcioné una, dos, tres, cuatro veces, y ya ahora leo a Faulkner, a Balzac, y a Beckett, y nunca me decepcionan”. Es decir, no es que yo compre mi carne con el argentino porque estoy seguro que ahí es mejor, sino porque ahí no me defraudan, ahí no me venden una cosa por otra. Toda esa mecánica ha hecho que los lectores se alejen de la literatura.

Hay una separación muy clara entre el mundo literario y sus actores, que son editores, periodistas, escritores, y por otro lado el mundo de los lectores. La FIL de Guadalajara, por ejemplo, es una experiencia que cada año me trauma por varios meses: hay 250 mil personas que pagan por entrar, y van

para conocer a autores famosos, que son importantes en su vida. Hay gente que así es, mira a los escritores en la tele y comienza a seguir su obra. Para ver a Mario Vargas Llosa, hay una cola kilométrica, y compran sus libros, lo leen, y no es el peor de los casos. Pero recuerdo haber visto en una ocasión a Nadine Gordimer, la premio Nobel de literatura de Sudáfrica, sola en el *lobby* del Hilton, nadie la conocía. Y en cambio había un escritor de Jalisco por el que todo el mundo estaba ahí, además había cámaras, micrófonos...

Mucha gente trata de explicar lo contemporáneo en la literatura mexicana, pero no creo que haya alguien que tenga una respuesta satisfactoria. Al revés de lo que se dice, me parece que éste es un buen momento para ella. Para la Feria de Londres, donde México fue invitado de honor, se hizo una antología de jóvenes escritores de menos de cuarenta años. Son buenos, mañana pueden traducir su novela a cualquier idioma y tendrían pertinencia. La figura del escritor ha cambiado mucho. Nos daremos cuenta más tarde. La muerte de Carlos Monsiváis fue un parteaguas en ello, porque él fue lo que el público espera del escritor: fue la brújula mental, moral, de una sociedad. Esta generación se va: murió José Emilio Pacheco, Sergio Pitol está enfermo, no puede hablar; murieron Monsiváis, Fuentes y García Márquez. Y la generación que sigue se queda un poco atrapada entre dos muros: por una parte tiene la tentación de hablar, tener presencia, muy pocos pueden hacerlo, como el caso excepcional de Juan Villoro, pero a nadie le interesa lo que opinen.

En México ha existido una doble tradición: por un lado están los funcionarios escritores y por otro están los periodistas. Estos últimos tienen una economía de lenguaje muy precisa: Ricardo Garibay, Jorge Ibarguengoitia, Vicente Leñero que se comprometieron con el público a explicarle las cosas. Esa escritura de oficio hace una literatura muy particular, con una gran claridad. Ahora los más jóvenes exigen a la literatura que sea más literatura y que no tenga tanto esta voluntad de claridad. Es una evolución mundial: los jóvenes novelistas se encierran más en su especificidad literaria. La globalización ayuda a ello —la tecnología, el Internet—, pero también se juega otra cosa: haber sentido el peso de los medios. Si la literatura entra ahí —en el lenguaje pervertido, el que va hacia la facilidad, la demagogia—, pierde. La comercialización incide en una escritura con una lengua mediocre, fácil. En las nuevas generaciones hay una voluntad de trabajar una escri-

tura personal que tenga más exigencia, compromiso. Estos jóvenes a los que me refiero han leído a Bernhard, a Beckett, a Joyce, a Faulkner, y claro que han leído a García Márquez, y que tienen todo el legado del *boom*, que es una historia muy particular que no existe en otras literaturas.

Otra cuestión relevante es la integración de la literatura mexicana a la internacional. Cuando fui editor en Francia, hasta 1994, había ocho o nueve escritores mexicanos traducidos al francés: Paz, Fuentes, Rulfo, un libro de Arreola, algo de Fernando del Paso, Ibargüengoitia, dos libros de Elizondo, y ya. Hoy, si no me equivoco, son 75 escritores mexicanos traducidos al francés. En veinte años el panorama ha cambiado mucho: se han integrado catálogos y esto tiene repercusión en la literatura de los más jóvenes. La primera novela mexicana que ocurre fuera de México es *Morirás lejos*, de José Emilio Pacheco. Durante todo el siglo xx la obsesión de la literatura mexicana fue México, su identidad, sus luchas secretas. *La región más transparente* de Carlos Fuentes, por ejemplo, parte de esta búsqueda y muestra cómo de repente en un mundo así cohabitan otros. Algunos autores, como Salvador Elizondo, lograron escaparse de esta fiebre, pero se trata de casos muy raros. Por eso de pronto unos chicos que se llaman Generación del *Crack* dijeron que se iban a afirmar haciendo novelas fuera de México, como si el remedio fuera hacer las cosas al revés. Así no funciona la literatura, pero esta toma de postura fue reveladora. Poco a poco la literatura se fue despegando de esa vieja tradición y cada vez hay más jóvenes que tienen menos interés en ella, que han viajado, que han vivido en otros países, etcétera. Y eso tiene repercusión no sólo en los temas, sino en la manera de escribir.

Los escritores de la generación de Guadalupe Nettel o Álvaro Enrigue, por ejemplo, están listos para no tener deudas con sus antecesores. Ya han desarrollado su obra, han ganado sus premios. Me sorprendió la temática de la novela *Muerte súbita* de Álvaro Enrigue. Es una historia de enfrentamiento, es una obra muy buena y nos daremos cuenta de su importancia después. De repente acapara el mundo muy complejo de una época muy remota y la hace actual, con un idioma muy preciso; nunca había escrito tan bien. O una autora como Guadalupe, que cuenta cosas autobiográficas de mucha crueldad, eso no existía antes. Los dos son muy internacionales: Álvaro vive en Nueva York, Guadalupe ha vivido mucho tiempo en Francia, es bilingüe, antes no había gente así en el canon mexicano. Los escritores de la

generación de López Velarde, por ejemplo, no habían estado fuera. La famosa cortina de nopal era algo muy potente, y estaban decididos a decir: “aquí está el centro del mundo, nosotros somos un universo”. En buena parte era cierto, pero hoy día ya nadie puede encerrarse así.

Ahora hay un abanico muy grande de estilos. Me impresionó la novela de un escritor joven que se llama Nicolás Cabral. Es como Thomas Bernhard, una especie de literatura extremadamente seca, desubicada. En esa misma camada están Valeria Luiselli, que ya tiene cierta proyección internacional, o Emiliano Monge, cuya obra es muy angustiante, una literatura asfixiada. Nunca hubo tanta variedad, tanto talento. Lo que se está jugando en la literatura no se está jugando en otra parte; es decir, estos nuevos autores son más literarios que antes, están más preocupados por el lenguaje: no quieren escribir bonito, quieren expresar cosas. La lengua de Monge es atormentada; los cuentos de Emiliano son difíciles de leer.

Las generaciones actuales están empapadas del mundo audiovisual, que te puede narrar con más eficacia una historia. Y hay obras que se expresan en ese idioma. Por ejemplo, si Camus estuviera vivo, podría hacer una película o una serie con *El extranjero*. Su voluntad con esta novela era escribir con una claridad, una transparencia muy grandes, para imponer la mente de un tipo muy olvidado de problemáticas, un señor que vive en la inmediatez. Hoy día eso lo haces mejor con imágenes. Pero, si lo único bueno de lo que quieres contar es el relato, mejor haces una película en lugar de un libro, por razones económicas, pues la podrán ver 600 mil personas; en cambio, si publicas una novela en México y te va bien tal vez logres vender dos mil ejemplares. Por eso es interesante ver cómo se comporta esta nueva generación con el lenguaje, cómo se burlan del lenguaje periodístico y de esta apuesta por la claridad a toda costa.

En cuanto a la metaliteratura, la literatura que se alimenta de literatura, la reflexión sobre literatura que se alimenta de literatura, hay un parteaguas que es Roberto Bolaño. Después del *boom* es el que pasa al piso superior. De repente, dice, también podemos juntar hilos. Y eso ayuda muchísimo. Lo habían hecho algunos como Enrique Vila-Matas, pero quien realmente logra cuadrar todo es él, porque antes había un aislamiento que no permitía estos diálogos cruzados. Los mexicanos que mejor leyeron la literatura internacional fueron los que integraron la Generación de la Casa

del Lago —Juan García Ponce, Sergio Pitol, Salvador Elizondo—; ellos supieron agarrar cosas de afuera y empezar, pero a la hora de escribir sobre literatura las cosas no terminaban de amarrarse. Su trabajo como críticos no era bueno. Por ejemplo, me quedé muy sorprendido de la mala calidad de los ensayos de Inés Arredondo. Los leí porque adoro sus cuentos. Me parece una escritora impactante, muy original, muy difícil también. Pero sus ensayos son muy primarios. Es lógico: un crítico no puede nacer en un desierto, es alguien que se alimentó con el trabajo de los otros y que tiene una visión, y el escenario mexicano nunca ayudó para ello. Por eso aquí la crítica es casi inexistente. Sin embargo, hay que persistir en ella. A veces me pasa con los autores lo que sucede con la gente que ves demasiado: un día te cansan, luego los ves menos y cuando los redescubres recuerdas que son gente formidable. Cuando esto sucede me doy cuenta que mi relación con la literatura mexicana es para toda la vida: ya no me la voy a poder quitar de encima. Habrá altibajos siempre en ella, pero el viaje que he emprendido para conocerla ha valido la pena, porque creo que ya encontré mi buena distancia de ella.